

**Reseña: “la miseria del oro blanco” de la Dra. Gloria Cabrera Socorro,
Universidad de La Laguna, Islas Canarias, España**

Alberto Galván Tudela,
Catedrático de Antropología Social,
Universidad de La Laguna, Islas Canarias, España.

Al término de la lectura de un texto como este, muchas son las cuestiones que me vienen a la mente. Ante todo, no estamos frente a una monografía etnográfica usual, de corte clásico. Más bien nos encontramos ante un ensayo, una escritura abierta e inconclusa sobre una realidad sociocultural concreta. ¿Por qué podemos caracterizarlo como un ensayo? Por la retórica como está escrito, por la dominante prosa en la que se exponen los fenómenos. No deja de ser sintomático de la apuesta de la autora los dos profundos e inequívocos párrafos de Eduardo Galeano y de Julio Cortázar tomados de “Espejos, una historia casi universal” y “Nicaragua tan violentamente dulce”, que presiden la primera página de su libro.

Este libro está bellamente escrito, con un lenguaje comprometido, y no exento de grandes valores científicos. Mantiene un delicado equilibrio entre la crítica social y el informe antropológico, y es fruto de un corto pero intenso, yo diría incluso íntimo, trabajo de campo, en el que la estrecha inserción de la investigadora con el/la(s) informante(s) aparece en primer plano, oyéndose el palpito, la angustia y sus expresiones colmadas de una perspectiva dominante de género y de clase. La autora hace hablar, a veces en amplios y detallados registros etnográficos, a las verdaderas autoras/es del ensayo, mujeres recolectoras del camarón, mujeres de las maquilas, manos de niñas trasnochadas y pescadores artesanales empobrecidos. Mientras, “bajo el dibujo sonriente de un langostino seductor, se vende y consume el oro blanco a verdadero precio de oro blanco... ignorando en su gran mayoría el tremendo trasiego, el gigantesco despojo” que ha supuesto su extracción. Estamos ante una interpretación centralizada en la economía política. Dos términos sintetizan el milagro de esta economía: miseria y oro. Miseria para unos, oro para otros, sean propietarios, sean comerciantes. Y lo más triste es que a los miserables que lo producen se les escapa de las manos. Dos polos estrechamente relacionados, pues la miseria de unos es la causa de la riqueza de otros y viceversa.

A través de llamativos epígrafes se van desgranando los clásicos temas de una etnografía antropológica. Déjenme que a través de pequeños flashes les sintetice algunas de las ideas de la autora, que pienso son del mayor interés:

Aterrizando en Morazán nos muestra las características del poblado, las comunicaciones, las calles y viviendas auto-construidas con materiales diversos muchos de deshecho, techos de palma y vigas de mangle rojo en vías de extinción, que son atacados por la polilla, el sol y las lluvias tropicales que anegan las estancias, y donde sus habitantes sufren con frecuencia de leptopirosis (en Cuba denominada “la fiebre del ratón”) por la convivencia con roedores y el contacto con sus orines, del ataque de mosquitos y el dengue. Es decir, un pueblo como afirma la autora infra desarrollado, aunque exista un colegio techado con chapas de zinc, cuatro iglesias cristianas, “que se llenan, sobre todo de feligresas, cuando se celebran sus oficios”. Situado dentro de la Reserva Natural del Estero Real es el más grande complejo estuario del país, y allí a la salida de la aldea se encuentran “las instalaciones más modernas y mejor equipadas, la Granja Escuela de la jesuítica

Universidad Centro Americana de Managua (UCA), donde nunca falla ni el agua, ni la luz, ni el gas, ni el aire acondicionado”.

“Una historia que viene de muy atrás” nos describe la colonización de un territorio caracterizado por grandes factores limitantes, convirtiendo “los espacios naturales en espacios sociales y políticos, espacios culturales sujetos a normas, en cotos apropiados casi en exclusiva por los grupos de poder de cada momento”. Una historia escrita en clave de “larga duración” donde se hacen presentes desde los cazadores recolectores a los nauatl; de estos a los españoles, oligarcas terratenientes y encomenderos codiciosos, que forzaron a gran parte del pueblo de Nicaragua, “a ser mano de obra barata para el trabajo agropecuario y minero, para el cultivo del cacao y el azúcar”. A pesar de la independencia centroamericana de 1821 que acabó con el dominio colonial, la explotación salvaje apenas cesó. El viejo imperio español fue sustituido por otro más moderno, los EEUU de Norteamérica. Y de nuevo, aparecieron “latifundios en manos de unos pocos, una gran masa campesina de pequeños propietarios desposeídos. La reforma agraria emprendida por el sandinismo, y su reparto equitativo de la tierra, se vio truncada al poco de nacer, y una vez más la concentración de la tierra, la corrupción política, y la cleptocracia fueron restituidas, de tal modo que la misma historia continúa en los inicios del siglo XXI”. Ahora están implantadas las grandes inversiones de las multinacionales y, entre ellas, las infraestructuras de los grandes colosos de la pesca y la acuicultura industrial, como Pescanova Alimentación S.A. Es este el contexto histórico y actual en el que se relata la “Miseria del Oro Blanco”.

“

La reserva natural de las camaronerías y la fiebre del oro blanco” describe el Estero Real, el bosque como “asiento de todos los seres vivos y el manglar rojo, el curumo, o palo de sal, los angelés, el botoncillo, el chilamate, el madroño o el güilgüiste. Pero también árboles llenos de reminiscencias aborígenes y “cientos de aromas, guanacastes, ceibas, genízaros, pochotes, laureles, jícaros, guácimos, y hasta unos especiales llamados indios desnudos, mientras en las zonas más elevadas, donde crecen los especímenes más altos, la mayoría como gigantes verdes de 10 metros, se agregan también los robles, las magníficas caobas del Pacífico y los quebrachos. Un auténtico paraíso para las aves”, pero no para actividades productivas a escala industrial, con rentabilidad a corto plazo, que tiene impactos negativos sobre este entorno. Estas afirmaciones vienen avaladas por informes técnicos sobre el sector de la camaronicultura en la región centroamericana. La población local es plenamente consciente del deterioro de su ecosistema, como se muestra en este libro a través de la voz del representante legal de los cooperativistas de Morazán. Y la UCA “ha planteado que la zona del Estero Real tiene condiciones que favorecen el desarrollo sostenible de la camaronicultura, si bien señalan que existen ciertas limitaciones por falta de técnicos experimentados, problemas de calidad del agua en algunas zonas del Estero, pobre infraestructura, insuficiente crédito para apoyar a las cooperativas e incapacidad de las instituciones para monitorear el impacto ambiental”. El Estero se ha ido privatizando paulatinamente durante las dos últimas décadas a través de concesiones de explotación, desplazando las corporaciones multinacionales a la población local, por todos los medios a su alcance, desde la intimidación hasta la violencia física y la muerte. Los pescadores fueron los primeros en pasar del corte desmedido de la maleza y el manglar para uso doméstico o venta de la leña, la extracción de tintes o las varas para mantener las pesadas piñas de plátanos, a aprender a cultivar camarones allá por los años setenta del siglo pasado, y empezándose a producir algunos experimentos japoneses. Como afirma la autora, “tras una pequeñísima época de recuperación económica de los morazareños durante el periodo sandinista, se constata que en la actualidad los pobladores están más

pobres, con menos acceso a las concesiones y padeciendo las consecuencias de un mayor daño ambiental. A finales de 2007 y, tras el duro golpe asestado por el huracán Mitch que arruinó sus humildes infraestructuras, las cooperativas artesanales apenas ocupaban ya un 5% de las concesiones del Estado dentro de la Reserva Natural del Estero Real”. Una simple ojeada a la situación revela la existencia de enormes constricciones naturales que constituyen factores limitantes decisivos, de tal modo que el productor directo no podía atender sus explotaciones sin una acumulación de capital previo o, en su caso, sin la ayuda de créditos del Estado y la gestión de los mismos a través de organizaciones colectivas tales como las cooperativas. Un de ellas es la Lucrecia Lindo.

En “Lucrecia Lindo: del capital social a la usura o “Le digo yo”, la autora escoge, para ejemplificar la situación, entre las cooperativas a una de las pocas supervivientes de la época de esplendor colectivista, la cooperativa pionera de mujeres camaroneras de Morazán, en la actualidad al borde de la quiebra. Está compuesta “por mujeres, en su mayoría madres y abuelas solteras de hijas e hijos sin padre reconocido, que no tienen otra forma de subsistencia, y por eso aguantan y rezan y continúan luchando para salir adelante...”. Describe el trabajo diario de estas mujeres, su movilización desde temprano para evitar el calor de sus casas con techo de planchas de zinc o plástico, y hace hablar a Gabriela que con 42 años y siete hijos tiene un gesto bondadoso de matrona. Poco a poco comenta sobre los numerosos hijos que tienen las madres solteras de Morazán, sobre la irresponsabilidad de los padres biológicos y cuenta cómo en 1978 comenzaron a trabajar en la cooperativa. Según la autora “los pescadores eran verdaderos cazadores-recolectores, que trabajaban de forma individual y no como un colectivo”. Por muchos años las cosechas fueron abundantes, sin embargo la pesca intensiva y el incremento de usuarios del recurso rompieron la organización que había sido implantada naturalmente por los pescadores, según la UCA. Los problemas sociales, la pobreza y los desastres naturales rompieron la organización que había nacido de una forma lógica”. Al parecer en los años ochenta los pescadores se organizaron en cooperativas, pero a pesar de que se consiguieron y aplicaron programas de préstamos para los camaroneros artesanales de Puerto Morazán, la experiencia se implementó sin éxito. “El declive de las mismas fue progresivo a causa de desastres naturales, falta de financiación y capacidad técnica”. Ello añadido a la incapacidad de los miembros de la misma para trabajar en equipo organizado y de atender a tiempo el pago de los créditos, facilitó la introducción progresiva de los empresarios privados, llegando los cooperativistas a vender su concesión por no poder atender los pagos. No obstante, algunas cooperativas bien organizadas tuvieron éxito. La autora confirma que sus miembros pertenecían “a la Iglesia de los Testigos de Jehová”, institución que medió en sus conductas, pues “no beben, son fieles a sus esposas y cumplen con sus compromisos”. Entiendo que esta conclusión es muy importante, que hace en último término relegar el problema en un contexto jerárquico a un fenómeno cultural...

La etnógrafa “gringa”, como a ella se le denominaba, expone como contraste una larga narrativa de un miembro de otra cooperativa camaronera, que indica que el endeudamiento progresivo se basó en la existencia de las altas tasas de interés a las que se vieron sometidas estas instituciones colectivas, de tal modo que no es el factor cultural ni la “escasez de capital humano” utilizado la causa del fracaso, sino la dura dependencia de bancos e instituciones financieras. En sus palabras, “sólo de 137 cooperativas que existían en los años ochenta y noventa, sólo somos alrededor de sesenta, y ahora 35 afiliadas a la Unión de Cooperativas Camaroneras”. Y algunas ya no existen, compradas por empresas privadas como Pescanova. “Y por ahí se fueron desperdiciando cooperativas que para esta época fueran monstruos de empresas y ése es el mal sabor que hay en la gente”.

“Pescanova: ¿Lo bueno sabe bien”? Pescanova es una multinacional, que distribuida por cuatro continentes obtuvo en 2007 una facturación de 1.239 millones de euros, contando con una plantilla que supera las 6.300 personas. Apostó decididamente por el langostino, viendo en Nicaragua “el lugar más propicio para alcanzar el éxito”. Inauguró en 2008 una nueva planta de procesamiento y congelación de langostino en la ciudad de Chinandega, sobre la base de una concesión estatal, “dotada de la última tecnología, con una capacidad de producción de más de 150 toneladas/día y una cámara frigorífica con capacidad de almacenaje para 2.000 toneladas que convierten, como recoge la prensa internacional, el proyecto fabril en líder del sector dentro del continente americano, propiciando además la creación de 2.000 empleos estables, un referente mundial del sector”. No obstante, la autora a través de escritos de prensa, de varios autores, y miembros de ONGs ecologistas afirma que la empresa multinacional, de origen gallego, “está acusada en medio mundo de sobreexplotar bancos pesqueros, de contaminar costas, de destruir la biodiversidad marina y de contratar en condiciones laborales abusivas, incluso negando derechos sindicales”.

“La “competitividad en costes” de Nicaragua o de las obreras por 60 euros al mes. La narrativa etnográfica articula estos datos relativos a los beneficios de Pescanova en Nicaragua con las condiciones de trabajo de las mujeres empleadas en la industria de transformación del camarón, a través de las palabras de una de las jóvenes trabajadoras en un relato estremecedor. En él se confirma la existencia en las empresas de “trabajo temporal a destajo, sin derecho a subsidio de desempleo, con horarios abusivos e imposición de horas extras, bajo durísimas condiciones laborales (prohibición de sentarse o hablar durante la realización del trabajo, maltrato psicológico e intimidación, acoso sexual, racionamiento de material laboral necesario, escasa asistencia médica, comida de mala calidad, escasas infraestructuras para comedor o descanso de personal) a cambio de salarios de auténtica subsistencia a los que, además de no incluir muchas de las horas extras forzadas, se les descuenta el precio de la precaria comida que consumen”.

“La domesticación de las mujeres”. Si la desigualdad social preside las relaciones entre empresa/trabajador/a, su expresión más clara en las relaciones hombre/mujer se lee en este corto pero enormemente indicador epígrafe sobre la domesticación de las mujeres. La autora lo sintetiza en uno de los dos bares, espacios verdaderamente masculinos, “El Mitch”, del pueblo de Morazán, que exhibe un anuncio por triplicado en su exterior “y bien visible para todo el pueblo”, que publicita una oferta del popular y más barato aguardiente de caña de Nicaragua, El Caballito. Domina la escena “un considerable trasero de mujer joven de amplias caderas al gusto latinoamericano, ligeramente reclinado hacia atrás para hacerlo más prominente, enfundado en unos vaqueros azules ceñidos y sin bolsillos que dificulten la apreciación de la anatomía exacta de la mujer recortada de la que, de resto, sólo se le pueden apreciar en la foto los brazos y media espalda desnuda por la que resbala el hilito del top de su biquini...”. El anuncio no queda ahí, pues “sobre un destacado fondo rojo, como de sangre, se ofrece gratuitamente el consejo “Tenés que domarlo”. En el simbolismo de muchos países centroamericanos y del Caribe existe una relación entre el caballo y la posesión, inclusive en la relación de danzantes y santos o espíritus de las religiones afroamericanas. El ron es personalizado en la mujer y su consumo en el éxtasis de la posesión.

Según la autora la aparición de cooperativas regentadas por mujeres, con la autonomía económica de las mismas que ello ha supuesto, ha recrudecido y reactivado los conflictos de los hombres frente a las mujeres, pues ponen en entredicho los tradicionales sistemas de

sexo-género, pero a su vez han dado relieve a las dobles y hasta triples jornadas de trabajo para las mujeres, el acoso sexual y la subordinación social de las mismas. “Las empresas privadas están aprovechando esta devaluación social de la mano de obra femenina para incrementar los niveles de exigencia laboral y de explotación en el trabajo a destajo”.

En los epígrafes “El pez grande se come al chico” y “Los problemas de la pesca artesanal”, se describe El Chorrillo, un lugar al borde de los manglares, en la ribera norte del río, cerca de la desembocadura en el Golfo de Fonseca. A él acuden durante varios meses, en la estación seca y parte de la húmeda, en campamentos temporales los pescadores artesanales, muchos de ellos ex-acuicultores, que han regresado a la pesca para sobrevivir. Se trata de un desplazamiento colectivo, familiar, donde no hay cerca agua potable, donde deben “hacinarse decenas de familias del pueblo, conviviendo con sus animales domésticos y sus tendaderos de camarones, que pescan con bolsas de redes y que luego secan al sol, sobre grandes trozos del socorrido plástico negro con el que también impermeabilizan a veces los techos cuando están más estropeados”. La autora describe en detalle el rudimentario sistema de pesca, su organización social y de género y la circulación mercantil simple de la producción. Lo mismo sus horas de ocio, que aprovecha la etnógrafa para preguntar por la situación general y particular de los pescadores morazareños y de algún viejo pescador amigo de nacionalidad hondureña. El viejo pescador reitera “somos pobres porque no tenemos el dinero, no porque no tengamos la capacidad”, “aquí estamos muertos y muertos en vida. Se lo digo porque he visto muchas necesidades de esta gente acá. Estamos en la peor desgracia del mundo...”

Entre los pescadores los hay que son camaronicultores y a la vez pescan, y como camaronicultores tienen más plata para comprar motor, botes, artes pero el que es pescador artesanal no puede recibir financiación. Encima tienen la competencia de pescadores hondureños, salvadoreños, por lo que la pesca es escasa. Como la autora afirma, el atraso técnico y la antigüedad de la flota es agravado por la precariedad del mercado y la aparición de intermediarios, que son los verdaderos controladores del mercado. A su vez, la normativa reguladora de la Reserva Natural del Estero Real en lo que respecta a las artes de pesca también incide sobre los pescadores artesanales, que en muchos casos se ven obligados a reconvertirse al sector de la acuicultura. “El sector artesanal ha sido el más marginado del gobierno, de las instituciones y de las ONGs, y la situación, en las actuales circunstancias, no parece tener visos de solución”.

En “Esa pescadilla que se muerde la cola o de las ayudas al subdesarrollo y el papel de las ONGs” la etnógrafa analiza las políticas de desarrollo en América Latina, y más en concreto en Nicaragua. Todas las instituciones y organismos políticos son conscientes del incremento de la desigualdad social y de la pobreza, activada por el imperialismo de las potencias financieras y su contrapartida el neoliberalismo económico y político, que flexibiliza los mercados y favorece a las entidades privadas para gestionar los recursos. A ello se le junta la burocracia para obtener los avales bancarios de financiación, cayendo a menudo en manos de intermediarios y prestamistas usureros. “Las experiencias de proyectos de cooperación fracasados por mala gestión administrativa de los fondos tampoco ha faltado en Morazán según testimonios orales y escritos”. La cooperación con alguna ONG parece una forma de contrarrestar la burocracia y la corrupción gubernamental. No obstante, la función de estas ONGs ha sido más bien de ‘colchón social’, una cara comunitaria del neoliberalismo, que complementa su trabajo destructivo con proyectos locales, que aquellas gestionan sustituyendo a gobiernos que reciben fondos

de gobiernos ultramarinos o trabajan como subcontratistas privados. La autora apoya así las tesis del sociólogo James Petras en su importante artículo “Imperialismo y ONGs en América Latina”. La presencia ineludible en Morazán de tales instituciones, supuestamente a-políticas y su enfoque de la autoayuda han servido más para desmovilizar a la población pobre, que para revertir la estructura de poder nacional e internacional. “Los resultados positivos de las citadas ayudas y organizaciones de cooperación para el desarrollo en esta zona han sido, en términos globales, muy poco significativos”.

“Ay Nicaragua, Nicaragüita” es el epígrafe final de este libro, un primer verso de una canción revolucionaria de la época sandinista, que animaba la moral de combate del pueblo contra la guerrilla reaccionaria. La antropóloga, apoyándose en Julio Cortázar, concluye su espléndido trabajo, rechazando la opción conservadora de los pequeños cambios sociales y demandando la esperanza de un cambio estructural, ya que “en algún momento las manos empezarán a tenderse y las palabras se volverán verdad y vida”. El libro, no obstante, sólo pretende ser un granito de arena más por un vasto camino donde no se está solo. Es un trabajo etnográfico, científico, pero también de denuncia de la situación de una población, que demanda la solución de sus problemas, que requieren un giro radical y urgente de la política actual.

Agradecimientos a personas y apoyos; referencias bibliográficas; un bellissimo y espeluznante anexo de fotografías; figuras que expresan aspectos cuantitativos de la investigación etnográfica; y muy extensas, informativas y comprensivas notas finales completan este libro dirigido también a un lector no académico.